


TAMARA BLANCO JIMENEZ

Cada **PERSONA** que **CONOCES**



UNIVERSO
de LETRAS 

«Every one you know is fighting a personal battle, so please be kind».

«Cada persona que conoces está librando una batalla interna, así que por favor se amable».

Ian Maclaren (1850-1907) Teólogo y escritor británico

Tomar conciencia de quién eres

Quiero adelantaros que la mató. Aquello que aprendes por primera cuesta toda una vida cambiarlo. Aunque el cambio signifique hacerte la vida más fácil. Leí la frase de Maclaren hace mucho tiempo, en inglés, y cada vez que la comparto con alguien lo hago primero en ese idioma, luego en el mío. Pronunciarla en castellano directamente sería ahorrarme el doble de trabajo que me supone decirla y luego traducirla. No puedo. Algo me impulsa a hacer las cosas como las aprendí originalmente. Frases, emociones dañinas, límites insanos, repetir los mismos errores una y otra vez. Así son el cerebro y el corazón. A menudo toman el camino más largo. El más doloroso. El que más desgasta. Porque es el primero que aprendieron. A menudo no se tiene una segunda oportunidad de crear una primera impresión. A menudo perpetuamos los modelos emocionales que aprendimos en la infancia. A menudo se ha convertido en una excusa.

La historia que voy a contar a continuación, junto con las ideas y reflexiones que de ella hago, no son más que mi propia experiencia en los últimos tres años de mi vida. Así que puede que nadie se identifique con ella, sea un auténtico bodrio y se abandone su lectura antes de llegar a la página diez. Si sigues leyendo encontrarás relatos cortos independientes, insertados a lo largo de texto, algunos tienen relación directa con sus personajes, son la continuación de sus vidas, y otros no tienen relación con el texto, pero sí con la vida. También encontrarás un par de columnas periodísticas, que igualmente no guardan relación con el texto, pero sí con el ser humano. Un ser altamente extraño en sus comportamientos.

Para describir estos tres años con la mayor claridad posible, entendiendo a todas las personas que han pasado por mi vida en ese tiempo y a mí misma, me he tenido que remontar a mi infancia, dar saltos más o menos grandes por la adolescencia, pasar de puntillas por la veintena —pues fue una repetición constante de mi *modus operandi* hacia la vida, el trabajo y las personas—: huir y llegar finalmente a mis treinta y cuatro años, donde comienzo este libro a partir de un hecho tan doloroso como cotidiano, algo tan simple como una ruptura de pareja. Este adiós me llevó a cuestionarme muchas cosas, pero, sobre todo, a intentar hacer las paces con mis pasados, en plural, y dejar al mundo girar, no sobre mí misma como yo pensaba que giraba el mundo, sino sobre su propio eje, del cual no sé nada.

Quien en su infancia creció rodeado de drama y problemas seguramente sea un adulto que se mueva muy cómodo en el conflicto, cuyo lenguaje vital siga siendo el drama. Si no abrimos los ojos y despertamos al cambio, es muy probable que nos vayamos de

este mundo así, en un constante sufrimiento por todo. Conflictos en el amor, en el trabajo, con los amigos, la familia... El drama, como muchas formas de sentir, es muy sutil, se instala en tu vida, en tu forma de sentir. Todos lo ven menos tú. Te limitas a ser una reacción con patas. Hasta que un día te das cuenta de que estás cansado de estar cansado y se produce el milagro.

Algunas cosas, por más que queramos, no cambian su forma, son como son, suceden así. Aunque nos empeñemos en sean de otra forma solo nos queda engañarnos a nosotros mismos si queremos verlas de otro modo. Eso me lleva pasando toda la vida, disfrazo la realidad de fantasía para que duela menos. Cuando era niña por protegerme de los monstruos y ahora de adulta finjo ser un avestruz, y de vez en cuando meto la cabeza bajo tierra para no enfrentarme a la verdad. Tal vez solo cambiándonos a nosotros mismos, adentrándonos en una auténtica metamorfosis personal, podamos cambiar la forma de sentir y ver las cosas, podamos hacer las paces con el pasado y tomar mejores decisiones en el presente, edificando un futuro un poco más amable para nosotros mismos.

Mis monstruos de la infancia no eran como los de muchos niños. Tuve una familia bastante disfuncional. Todos se «amaban y cuidaban», pero con mucha codependencia y dolor. Éramos el cruce de dos grandes ríos. Por uno corría la abundancia material, el derroche, la buena vida. Por el otro la necesidad de cariño y atención, la hostilidad, la falta de comprensión y empatía. Vi peleas, gritos, vi más de un golpe alguna vez y mucho llanto. Mi familia materna, con la que crecí, se componía de mi abuela y sus cinco hijos, entre ellos mi madre. Mi abuelo Pepe, que era la cabeza de familia, tuvo suerte como empresario en la Costa del

Sol de los años setenta. Él aportaba el orden a la familia y la tenía más o menos controlada. Falleció cuando yo tenía tres años, poco antes del divorcio de mis padres. La familia empezó a desmoronarse. Mis abuelos maternos nunca quisieron a mi padre para mi madre, de hecho, nunca les hizo mucha gracia ninguna pareja de sus hijos. Mi madre espero a que mi abuelo falleciera para divorciarse, para no darle más disgustos, pese a que los problemas con mi padre empezaron al poco de casarse.

Mis padres me tuvieron muy jóvenes. Mi madre, Inmaculada, tenía dieciocho, y mi padre, Alberto, veinticinco. Su matrimonio fue intenso, pasional y fugaz. Tras el divorcio pasé a vivir con mi abuela materna, que en aquella época tenía cuarenta y cinco y una vida recién estrenada tras fallecer mi abuelo. No le quedó más remedio que criarme, pero no entraba en sus planes. Justo ahora que comenzaba a ser libre. Aún era joven y disfrutada de libertad económica. Crecí rodeada de familia y amigos de la familia, aunque no me sentía parte de nada. Mis padres se esfumaron, los veía muy de vez en cuando, sin saber por qué ya no estaban en mi vida.

Mi abuela siguió con algunos de los negocios que dejó mi abuelo. Cerca de casa teníamos un restaurante, a pocos metros de la playa. Pasé la mayor parte de mi infancia allí. Almorzaba en el restaurante y me iba a caminar sola por la playa, me sentaba y miraba las rocas, mejoraba mi técnica de lanzamiento de piedras que planean sobre el mar. En general, era una niña bastante solitaria y me gustaba. Podía abstraerme de la realidad fácilmente sin que nadie me interrumpiera. No obstante, entre el tiempo que pasaba en el restaurante, con mi abuela y sus amigas, con mis tíos, crecí puramente entre adultos, oyendo sus conversaciones, sus

momentos de ocio, de pena, su vida en general. Me trataban como a una princesa. Era la niña pequeña de la familia. Sin embargo, yo no me sentía así, solo sentía que me faltaba algo, mi propio hogar, un lugar donde no sintiera que estaba de prestado.

La verdad es que no tengo muchos recuerdos de mi madre durante la infancia. La recuerdo muy guapa, elegante e inaccesible. Era alta, muy esbelta y con un pelo negro brillante que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Solía vestir mucho de negro. *Jeans* negros apretados, camisa blanca y jersey negro, a veces también colores vivos, esos días me fijaba especialmente en ella. O trajes de chaqueta que la hacían aún más elegante. Sin embargo, su elegancia no provenía de la forma de vestir, era algo más innato en ella, era su actitud, su forma de moverse, de hablar. Cuando era niña y adolescente lo tuvo todo a nivel material, era el ojo derecho de mi abuelo, pero le faltó tanto cariño y comprensión como al resto de sus cuatro hermanos. Tenía un temperamento fuerte, como si estuviera siempre a la defensiva. No obstante, era dulce, educada, se preocupaba de los demás y todo lo daba. Conmigo era fría y distante, como si algo no hubiera terminado de cuajar entre nosotras. Con apenas seis o siete años no puedes llegar a entenderlo. Las pocas veces que la veía o pasábamos tiempo juntas me sentía extraña, echaba de menos a mi abuela. Los momentos de amor con mi madre se reducían a que ella fuera amable conmigo, a que no estuviera tensa, lo cual me hacía sentir segura a su lado. Ese fue mi primer contacto con el amor, la ausencia de conflicto. Nada más.

Mi abuela me contaba que a mi madre le encantaba bailar, sobre todo el *funky* de los ochenta. Con dieciséis años solía irse en el último tren de la tarde, desde Fuengirola a Benalmádena

con una amiga, y se escondían en el baño para no pagar. Una vez allí iban a la discoteca Pippers, que casualmente era de mi amigo Gabriel, solo que en esa época yo aún no había nacido ni nadie le hubiera dicho que la hija de una de sus clientas sería su mejor amiga cuando en él ya solo quedarán los recuerdos de una época de desenfreno. Menciono a Gabriel porque saldrá más adelante como parte de mi vida adulta. Coco, así llamaba mi abuelo a mi madre. Ella nunca llegaba a casa a la hora que le pedían. Era salvaje, bella, auténtica, tenía toda la vida por delante. No llegó a envejecer, no dejó de ser salvaje y nunca perdió la pasión de la juventud. Su vida se truncó a los treinta y dos años. Jamás se cumplió en ella la normativa de la naturaleza.

Mi padre era de una familia de campo, trabajadores humildes llenos de orgullo y valores. Su madre, mi abuela a la que aún puedo disfrutar y me sigue enseñando las cosas más valiosas de esta vida, justamente las que el dinero no puede comprar, de joven era una mujer dinámica, trabajadora incansable y mujer sufridora de un marido difícil. Mi otro abuelo, quien forjó el carácter de mi padre. Mi padre fue un niño mimado por su madre, cualquier cosa que saliera nueva, desde una bici a una moto, ella se lo compraba antes que a nadie, tal vez para suplir el tormento emocional al que los sometía el viejo, así llamaba mi padre a su padre. No malinterpreteis estas palabras, pues están tan llenas de desdén como de amor, y forman parte de nuestra particular y rica forma de hablar en Andalucía la baja, más aún en aquellos años. Mi padre fue creciendo como pudo, defendiendo a su madre, huyendo de su padre, enfrentándose a él, huyendo de sí mismo. Sé de buena tinta cuánto me quiso —y lo sigue haciendo— y lo frustrado estaba de ver que no podía ser padre conmigo, porque aún no había dejado atrás a

su propio niño interior. Siempre fue el niño soñador, de altas capacidades en un entorno limitante, miedoso, inteligente, cariñoso y muy dependiente.

Cuando miro sus fotos, las de mis padres, puedo entender por qué se enamoraron. Él, atractivo, embaucador, un moreno andaluz de andares seguros y alma sensible. Largas pestañas negras que enmarcaban el cuadro de Miró que eran sus ojos, abstractos. Su sonrisa; una obra de Peter Brook, que con solo abrir el telón de sus labios hacía que te quedaras. Mi padre quería amar y se fijó en un diamante precioso de diecisiete años, la joya más preciada de «el Melillero», así llamaban a mi abuelo materno, un hombre que hablaba cinco idiomas y dirigía con mano dura sus empresas y su familia. Mi padre no tenía nada que ofrecerle a mi madre salvo a él mismo. Mi madre, que lo tenía todo, no quería nada más que no fuera él. Simplemente se enamoraron de verdad, de la piel hacia dentro.

Hace pocos años mi abuela materna me contaba medio irónica, medio riendo sinceramente, cómo mi padre engañó a mi abuelo Pepe diciéndole que tenía una plantación de bananas en Sudamérica y mucho dinero. Obviamente, el engaño duró poco, el tiempo de conquistar a mi madre y que esta estuviera tan enamorada ya de él que ni siquiera mi abuelo y su capacidad de persuasión pudieran separarlos. En las fotos de la boda de mis padres se pueden ver a mis cuatro abuelos con distinto semblante. Mis abuelas felices. Mi abuelo paterno *ni fú ni fá*. Mi abuelo materno con gafas de sol dentro de la iglesia, su cara era una mina negra que lloraba en silencio el robo de su mejor diamante, de la niña de sus ojos. Hubiera querido algo mejor para su hija. Mi madre hubiera querido algo más cálido para su

infancia. Ese día nadie sabía que ese matrimonio duraría apenas tres años, exactamente los años de vida que le quedaban a mi abuelo. Un cáncer de pulmón que se lo llevaría con cincuenta y cinco años. Mi madre quiso separarse al poco de casarse, pronto comenzaron los problemas, los gritos y los golpes, pero aguantó. Quizás no quiso darle otro disgusto más a mi abuelo estando enfermo, quizás no quiso confirmarle todo lo que él le advirtió.

Para entendernos a nosotros mismos tenemos que entender a quienes nos guían. Tengo la gran suerte de tener aún a mis dos abuelas vivas, aunque con una de ellas no pueda hablarme, pese a haberlo intentado ya todo. No obstante, ambas por igual marcaron mi vida y lo seguirán haciendo hasta incluso después de haberse ido.

Mi abuela Lola, con la que viví hasta los dieciocho, era una mujer de armas tomar. De carácter duro. Nunca mostraba sus emociones, como si hubiera aprendido a ser un muro de contención seguro e infranqueable que hacía que todo estuviera en orden. Se reía y se lo pasaba muy bien, sobre todo en las noches de verano en la terraza del restaurante, pero de puertas para dentro su carácter cambiaba. Esa era su excusa, la vida social era una cosa, la familiar otra. La realidad es que no sabía mostrar lo que sentía, nadie le enseñó que podía derrumbarse, que podía mostrar su dolor, un dolor que, sin duda, tenía y era genuino. Siempre nos contó que su infancia fue maravillosa, pero tengo mis dudas. Se casó demasiado joven, mi abuelo fue muy autoritario, vivió para criar a sus cinco hijos, rodeada de abundancia en los últimos tiempos de mi abuelo, pero sin poder ser ella misma, como muchas mujeres de esa época. Cuando todo empezaba

a clarear y mi abuelo parecía ser más cariñoso, la enfermedad se lo llevó y se vio en mitad de la nada sola, intentando tomar las riendas de los negocios y de la familia. El resultado no fue el mejor, mis tíos mayores lo hicieron lo mejor que pudieron, pero el cóctel fue explosivo. Emociones encontradas, juventud, dinero y mucha presión por mantener los negocios. La huida fue lo más fácil para mi madre y mi tío José. La resignación y ocuparse de todo como jabatos quedó para mi tía Alicia y mi tío Carlos. Y seguir creciendo, es lo que le quedó a mi tía Mariló, que solo tenía diez años cuando su padre falleció. Mi abuela gastaba sin parar, compró otra casa, quemaba la tarjeta del Corte Inglés cada mes. Compraba para ella y para todos. Mi madre también se llevaba una buena cantidad en centros de rehabilitación. Mis tíos intentaban controlar los gastos de mi abuela, pero al final todo aquello era suyo. Con el paso de los años todo se fue viciando, el dinero cobró mucha importancia, las pequeñas luchas de poder dentro de la familia otro tanto. Mi madre aparecía y desaparecía, cada vez había más broncas entre ella y mi abuela. De todos mis tíos el que más valores y moral tenía era Carlos, sin duda. Se preocupó mucho de mi educación. Por otro lado, estaba mi tía Alicia, que no comulgaba con la dureza que mi abuela tenía conmigo, a menudo se peleaba con ella cuando veía su forma de tratarme. Me llevaba a su casa cada poco, en ella siempre sentí un amor de verdad. Mi tío Jose estaba desaparecido en combate, optó por la anestesia del alma que prometían los años ochenta. Mi tía Mariló se ocupaba mucho de mí, ella estaba entrando en la adolescencia y quería disfrutar con sus amigas, pero más de una vez le tocaba cargar conmigo. Éramos

una familia a la italiana, nos matábamos y nos amábamos, ni contigo ni sin ti.

Por otro lado, estaba mi abuela Juana, amor en estado puro. La veía fines de semana alternos. Los que se suponía que debía pasar con mi padre, pero él me recogía y me dejaba en casa de mi abuela, a veces lo veía y a veces no. Se que me quería mucho, tan solo no podía hacerlo mejor. Hubo temporadas que también estaba en algún centro de rehabilitación e íbamos a visitarlo. Yo me sentía tan orgullosa de mi padre cuando lo veía bien. Recuerdo que siendo niña era mi referente, no había nada que le preguntase que no supiera contestarme, claro está que las preguntas que hace una niña de seis o siete años son fáciles. Pero en aquel entonces lo idolatraba. Con los años fui creciendo y un oscuro resentimiento nació en mí. A menudo lo veía mal, como si no estuviera y sufría por ello. Yo quería un padre como los que tenían mis amigas. Empecé a echarle cosas en cara, era muy dura con él. Tal vez la figura de mi abuela hizo que aquello no me doliera tanto, aunque él no estuviera ella lo representaba, me daba tanto cariño, me hablaba con tanta dulzura, que hacía que me olvidara del resto de la semana y de ver a mi padre así. Hace poco empecé a fotografiar a mi abuela, que tiene ochenta y cuatro años y una salud de hierro. Intento congelarla en el tiempo, detener su viaje. Y ella sabe que quiero retenerla y se deja fotografiar. Le he hecho tantas fotos a sus manos arrugadas, llenas de vida y batallas, como ella. Llenas de escaleras fregadas, casas limpias y niños de otros aseados y criados. Mi abuela siempre se ha hecho querer. Es tan coqueta, tiene más zapatos que yo, viste de colores muy vivos, estampados de flores, faldas vaporosas. Su apariencia exterior refleja fielmente como es ella y

siempre está de buen humor. Se puede hablar de todo con ella, de política, de amor, de juventud, etc. Con las últimas protestas que hubo a nivel nacional en el 2018 de personas mayores que reivindicaban la garantía y el mejoramiento de las pensiones me sorprendió mucho su actitud. Decía que para qué tanta protesta, si estaban mejor que querían, que menos quejarse y más vivir. La verdad es que, pese a que no estoy de acuerdo, su forma de entender la vida siempre ha sido así, aceptar con amor y gratitud, y no sé si lo habrá hecho bien o no, pero no ha dejado de sonreír un solo día.

¿Aún no sabes quién eres?

Vas creciendo y un día descubres que las carencias afectivas no solo forman parte del pasado, por más que hayas crecido y tomado tu propio camino, tu pasado emocional te persigue, lo repites sin darte cuenta. Es la cadena familiar que si no se rompe se perpetúa.

Yo era una niña que no se ubicaba en ninguna parte. No creo que todo sea atribuible a mi entorno, mi carácter junto con la propia y lenta formación de mi personalidad eran las otras dos porciones del pastel. Nunca sabré del todo qué parte tenía que ver directamente con una familia disfuncional y qué parte era solo mía, y de esas partes fluctuantes en mí, qué resultados se iban forjando y asentando en mis pies como un lodo silencioso que va subiendo a la superficie. De pequeña era muy tímida, solía mirar mucho hacia el suelo y me daba vergüenza ir a los cumpleaños de otras niñas. Si perdía el autobús y me tenían que llevar al colegio,

entrar a clase cuando ya todos estaban sentados me causaba pánico, nada más abrir la puerta todos mirarían hacia atrás y me verían. Mi mente me decía. «*Todos van a saber los problemas que hay en casa si llegas tarde, como tus padres no viven contigo llegas tarde siempre*». Era absurdo, pero mi cabeza lo hacía real.

Mi abuela Lola tenía sus días, te hablaba bien o te hablaba mal, te trataba bien o te trataba mal, pero siempre estaba allí, no faltó ni uno solo a mi educación. Era Bernarda Alba y yo su Adela. Nunca podía llevar amigas a casa y, si lo hacía, sabía a lo que me arriesgaba, a que les hablase mal o dijese cosas bastante desagradables al aire, cosas que, aunque fuéramos niñas de diez años, podíamos entender por la estela de tensión que dejaba en el ambiente. No le gustaba que llevara a nadie a casa, aun así, a veces yo lo hacía, luego me inventaba que estaba muy estresada porque los negocios iban mal o algún empleado había hecho algo mal. Tampoco entendía por qué criticaba a mis amigas, éramos solo niñas, pero ella siempre les encontraba algún defecto. Yo me acostumbré rápido a su incapacidad para decirme alguna vez que ese día estaba guapa, o que me quería. Por el contrario, le sobraban las veces en que me decía lo fea que era, lo mal vestida que iba o como me parecía a la familia de mi padre, en un tono desdenoso. Aun así, no todo fue malo. A su manera me quería y mucho, me necesitaba a su lado, le encantaba que durmiera con ella y que no me separase de ella. Mi abuela tenía sentimientos muy encontrados hacia mí. Llegué para truncarle la vida, para coartarle una libertad que le empezaba a llegar justo cuando todos sus hijos ya habían crecido. Llegué para que al verme cada día recordase que mi madre no sabía o no quería hacerse cargo de mí, que llevaba una vida que le estaba haciendo mucho daño

y a la que mi padre le había abierto las puertas. Mi Bernarda Alba odiaba a mi padre, no solo porque no le pasara mi pensión alimenticia a mi madre y se lo gastará todo en otras cosas, lo odiaba porque ella sentía que él había destrozado el corazón y el futuro de mi madre.

Con este panorama en casa, me acostumbré a mentir en el cole, sobre mí, mis padres, mi familia. Dibujé un mundo perfecto. Casi nunca llevaba bocadillo para el recreo, pero decía que siempre me lo olvidaba en la encimera de la cocina. Mis padres no aparecían nunca a por mis notas, en su lugar iba alguna de mis tías, y yo decía que mis padres estaban viajando por trabajo. No vivía con mi madre y me inventaba que era porque ella no tenía sitio suficiente en su casa, pero la verdad es que a menudo no sabía dónde estaba ella ni su casa. Ya de niña me acostumbre a la mentira para sobrevivir. Aprendí a justificar a mis adultos. Hice de la fantasía una gran herramienta de vida.

Si tuviera que relatar mi infancia podría escribir un libro sin fin, pero no es el motivo que me ocupa en esta vomitona. Tan solo quiero contar como las emociones del pasado se adueñan del presente casi sin darnos cuenta y siguen tiñéndolo todo si no hacemos las paces con nuestro principio. Ahora de adulta, me meto en situaciones extrañas, esas que cuando llegan al final te das cuenta de que son como haber visto una exposición de arte durante horas, pensando que iba de una cosa, pero va de otra totalmente distinta... He aquí mi última relación de pareja, donde llegué sin saberlo con las maletas de mi infancia, llenas a su vez de la herencia de mis padres. Digo última porque aún no he conseguido dejarla, escribo este libro mientras tomo esa decisión. Sin embargo, hay cosas que por más que duela acabar-

las sabes que tendrás que hacerlo tarde o temprano, y suele ser cuando oyes ese vacío interno que queda tras el dolor, un dolor que no pertenece tanto al ámbito de las relaciones, sino al de la historia vital de la persona, un dolor donde están invitados todos los miedos y traiciones de la infancia.

Ahora tengo treinta y cuatro años y me parezco mucho a mi madre. 1'70 y 54 kg, tanto física como emocionalmente. Tengo la mirada perdida a menudo, no por nada malo, sino porque pienso demasiado. Devoro libros, lo cuestiono todo internamente, me suelo fiar de todo externamente. Me gusta el arte, la gente que mira a los ojos y la gente con problemas por resolver, pero mucho más la gente sana, porque la tóxica llega por atracción, somos un imán para aquello que está como nosotros. Con un pasado que no sé si es más de película de Almodóvar o de Buñuel, el único camino que conocía era el de huir. Huir hacia una relación que me cambiaría la vida, hacia un trabajo que me cambiaría la vida, hacia un nuevo amigo que me cambiaría la vida, hacia un nuevo *hobby*, hacia un nuevo vicio, hacia la espiritualidad. Huir por sistema hacia todas aquellas personas o cosas de las que luego tenía que huir también. Correr sin mirar a los lados hace que no tengas que preocuparte de saber quién eres o por qué te pasan las cosas que te pasan. Junto a la huida siempre he llevado mi dedo acusador para juzgar por sistema y seguir culpando a todo el mundo de mis problemas.